

KAMI GARCIA

LA LEGIÓN DE LA  PALOMA NEGRA II

SIN MARCA

DE LA COAUTORA DEL BEST-SELLER *HERMOSAS CRIATURAS*

LA LEGIÓN DE LA  PALOMA NEGRA II

Título original: *Unmarked. The Legion, book 2*

1.ª edición: noviembre de 2015

© Del texto: Kami Garcia LLC, 2014
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7180-7
Depósito legal: M-26129-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

KAMI GARCIA

LA LEGIÓN DE LA



PALOMA NEGRA II

SIN
MARCA

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Para Alex...

Que la paloma negra vaya siempre contigo.

El infierno está vacío
y todos los demonios están aquí.

WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Índice



1. Enjaulado	9
2. Cielo negro	13
3. Espejos rotos	31
4. Demonio asesino	45
5. La decimosexta	61
6. Patriotas muertos	75
7. Círculo de sal	89
8. La sangre de los ángeles	107
9. Balas y cepos	119
10. Teoría de la conspiración	131
11. Promesas en la oscuridad	141
12. La chica de ojos negros	147
13. Hijos de la libertad	159
14. Ladrillos y mortero	167
15. Sueños fantasmales	177
16. Héroes y monstruos	189
17. El hacedor de pesadillas	203
18. El Ojo de la Providencia	215
19. La vinagrera	229
20. La guarida del león	241

21. Líneas divisorias	249
22. Las puertas del infierno	261
23. Daños colaterales	273
24. Bullet with butterfly wings	281
25. Chico perdido	293
26. El ateneo	307
27. Experto en huesos	319
28. Pesadillas y ceniza	333
29. Desenjaulado	343
30. Marcada	347
31. Temedme	365
32. Diario di Demoni	379
33. Serpiente de huesos	389
34. Bastiel	401
35. El Bajel	409
36. La paloma blanca	415
Agradecimientos	419

I. Enjaulado



Lo único que nos separaba eran los barrotes de hierro. Él estaba sentado en el suelo de la celda, apoyado contra la pared, sin otra ropa puesta que un par de vaqueros. Yo miré la cadena que le aferraba las muñecas. Con la cabeza agachada, parecía el mismo de siempre.

Pero no lo era.

Dejé que mis dedos se curvaran en torno a los húmedos barrotes. Varias veces al día, llovía agua bendita de los rociadores del techo. Tuve que hacer un esfuerzo para no ceder al impulso de abrir la puerta y dejarlo salir.

—Gracias por venir. —Ni siquiera había movido la cabeza, pero yo sabía que no necesitaba verme para sentir que yo estaba allí—. Nadie más lo hará.

—Todos están tratando de comprender esto. No saben qué pensar de...

Las palabras se me entrecortaban en la garganta.

—De mí.

Se levantó del suelo y se vino caminando hacia donde yo estaba... y hacia los barrotes que nos separaban. Al llegar más cerca, conté los eslabones de la cadena que le colgaba

de las muñecas. Cualquier cosa antes que mirarlo a los ojos. Pero, en vez de separarme, agarré más fuerte los barrotes. Él levantó las manos y las posó en torno al metal, sobre las mías.

Muy cerca de las mías, pero sin llegar a tocarlas.

—¡No! —grité.

Salía vapor de los barrotes de hierro mientras el agua bendita le quemaba la piel cicatrizada. Mantuvo allí las manos demasiado tiempo, permitiendo a propósito que se le quemara la piel.

—No deberías estar aquí —susurró—. Es muy peligroso.

Unas lágrimas calientes me corrían por las mejillas. Cualquier decisión que pudiéramos tomar parecía equivocada. Las cadenas se le enrollaban en las muñecas, la celda estaba empapada en agua bendita, y los barrotes lo mantenían enjaulado como a un animal.

—Sé que tú nunca me harías daño.

Las palabras apenas habían salido de mis labios cuando Jared embistió contra los barrotes y me agarró la garganta. Yo di un salto hacia atrás, y sus fríos dedos me rasgaron la piel mientras yo escapaba de su alcance.

—En eso te equivocas, palomita —dijo con otra voz diferente.

La risa retumbó en las paredes, y los escalofríos me recorrieron el cuerpo. Comprendí entonces algo que ya sabían todos los demás:

Que el chico que yo conocía ya no estaba allí.

Que el que estaba delante de mí, enjaulado, era un monstruo.

Y que era yo la que tenía que matarlo.



SIETE DÍAS ANTES

2. Cielo negro



Me encuentro de pie, enfrente del edificio en llamas. Sábanas cubiertas de cenizas cuelgan de las ventanas rotas, saliendo de las habitaciones donde la gente sigue atrapada. Dentro, los gritos se alzan sobre las rugientes llamas, y se me eriza la piel. Quiero atravesar corriendo el muro de negro humo y salvarlos, pero no me puedo mover. Bajo los ojos a mi mano temblorosa, y comprendo por qué.

Yo soy la que tiene la cerilla.

Me incorporo en la cama de repente. El corazón me palpita.

Era otra pesadilla. Aquellos sueños empezaron la noche en que se desplomaron sobre mí los muros de la penitenciaría, y desde entonces no he parado de tenerlas.

Me aprieto los oídos con las manos, intentando acallar los gritos.

«No era más que un sueño», me digo.

Y lo que había hecho en la vida real era aún peor que prender fuego a un edificio lleno de personas inocentes.

Había liberado a un demonio.

A Andras, el Autor de Discordias. Un demonio que llevaba preso más de un siglo.

Hasta que yo lo solté dos meses antes. Él había matado a mi madre y a los otros integrantes de la Legión de la Paloma Negra de su generación. Y a juzgar por los artículos de periódico que yo coleccionaba obsesivamente, a partir de entonces parecía que había matado aún a más gente. Algunos días yo no pensaba en ello tanto como otros.

Pero aquel no era uno de esos días.



Pasé la tarde en la biblioteca, leyendo artículos e imprimiendo mapas y gráficos del tiempo.

A la hora de la cena, estaba deshecha.

Atravesé con dificultad el patio embarrado. La lluvia calaba las negras botas de cuero que me había dado mi madre la noche que murió. Entre la lluvia y las temperaturas invernales de Pensilvania, la neumonía se estaba convirtiendo en una amenaza muy probable. Pero merecía la pena correr el riesgo de llevar las botas que ella me había dado.

Otras chicas pasaban corriendo con sus faldas de uniforme y sus katiuskas, esquivando los charcos como si fueran minas terrestres, mientras yo pisaba fuerte en cada uno de ellos. No había parado de llover desde la noche en que ensamblé el Transformador, la llave paranormal que había abierto la jaula de Andras... Y el cielo seguía tan destrozado como yo.

¿Cómo podía haberme confundido tanto, hasta pensar que el Transformador era un arma capaz de eliminar a Andras? Los detalles de aquella noche estaban marcados en mi memoria, tan inevitables como las pesadillas:

Yo estaba sentada en el suelo de la prisión, con el cilindro en la mano y los discos esparcidos por el regazo; Jared, Lukas, Alara y Capellán estaban al otro lado de la puerta de la celda, animándome a que lo encajara todo; el terror me paralizaba al deslizar la última pieza del aparato para colocarla en su sitio exacto...

Ya habían pasado diecinueve días de aquello.

Diecinueve días desde la última vez que vi a mis amigos y oí la voz de Jared. Diecinueve días desde que salí de aquella prisión y el alambre de espino me desgarró las piernas. Diecinueve días desde que estuve en la sala de urgencias, mientras un médico me cosía los cortes y la policía me interrogaba.

Al terminar, el médico me habló en el tono de voz que emplea uno para pedir disculpas:

—Te lo he arreglado todo, pero cicatrices te van a quedar.

Recuerdo que me reí. Unas cicatrices producidas por un alambre de espino no eran nada comparadas con las cicatrices emocionales que me dejaría aquella noche.

Horas después, mientras contemplaba la tormenta que golpeaba en las ventanas de mi habitación en el hospital, oí voces al otro lado de la puerta. Solo capté algunos retazos de la conversación, pero fue suficiente.

—... de los servicios sociales. ¿Tiene alguna idea de por qué se escapó su hija, señora Waters?

Una fugada..., esa era la historia que le había contado yo a la policía.

—Soy Diane Charles, no Waters. La madre de Kennedy falleció. Yo soy su tía.

—Su sobrina no ha respondido a la mayor parte de las preguntas, señora Charles. Necesitamos llevar a cabo una evaluación psiquiátrica para determinar su estado mental antes de poder dejarla bajo su custodia.

—¿Bajo mi custodia...? —dijo la tía Diane elevando la voz—. Cuando accedí a ser su tutora legal, Kennedy era una estudiante ejemplar que nunca se había metido en problemas. Ahora no tengo ni idea de en qué anda metida, pero, sea lo que sea, no quiero que me lo traiga a casa. ¿Y si se volviera a escapar?

—Comprendo su preocupación, pero usted es su única pariente...

—... localizable —soltó la tía Diane—. ¿No han intentado ni siquiera buscar a su padre?

El hecho de que mi tía estuviera deseando entregarme a un hombre al que yo no había visto en doce años dejaba bastante claro que no me quería. Entonces la tía Diane bajó la voz:

—La madre de Kennedy y yo no estábamos muy unidas. Mi hermana tenía sus cosas, que evidentemente le ha transmitido a su hija. Lo siento muchísimo, pero el caso es que yo no estoy preparada para tratar con una adolescente problemática.

Cualquier otra noche que no fuera aquella, yo habría salido al pasillo y hubiera despellejado verbalmente a mi

tía por decir aquello de mi madre. Pero en lo que se refería a mí, ella tenía razón, aunque ignorara los motivos. Ponerme a vivir con ella sería como una sentencia de muerte.

—No tiene que afrontar esto sola —dijo el trabajador social—. Hay programas diseñados para adolescentes en riesgo. Y hay residencias especiales, internados...

A la mañana siguiente, la tía Diane me ofreció un montón de lamentables excusas:

—Yo solo quiero lo que es mejor para ti, Kennedy. La Academia Winterhaven es un lugar encantador, y muy caro. —Empezó a irse por las ramas antes de esperar una respuesta—. El doctor dijo que puedes ir a la escuela en cuanto se te curen las piernas. Yo ya he hecho todos los trámites.

Me quedé mirando el televisor que estaba colocado en la pared, detrás de ella. Una cadena de noticias ofrecía imágenes de *golden retrievers* y *labradoodles* peleándose a muerte en un parque de perros. El letrero inferior de la pantalla informaba de que DOS NIÑOS HAN MUERTO TRAS BROTE DE RABIA APARECIDO EN ZONA RESIDENCIAL. Aquello era un doloroso recordatorio de que yo no tenía ni idea de lo que Andras sería capaz de hacer, ni de hasta dónde llegaría su influencia.

No tenía ni idea, pero aquella noche, cuando por fin mi tía se marchó de vuelta a Boston, empecé a tenerla:

Las tormentas eléctricas y la lluvia torrencial azotaban Virginia Occidental sin un momento de descanso desde el día en que Andras había quedado suelto. Los rayos cortaban la oscuridad al otro lado de mi ventana, y las enfermeras

tenían que correr por los pasillos cada vez que se iba la luz en el hospital.

Al segundo día, la lluvia ya no era lo único que caía del cielo. Los canales de noticias de Virginia Occidental y de Pensilvania ofrecían imágenes en directo de cuervos que caían en picado del cielo, como granizo negro.

Al tercer día, mientras los científicos examinaban las aves muertas por enfermedad, la violencia se extendió como un virus. Empezaron los asesinatos en Moundsville, en Virginia Occidental, a solo unos kilómetros del hospital y de la Penitenciaría del Estado de Virginia Occidental, donde yo había montado el Transformador. Encontraron los cuerpos de un pastor local y su esposa colgados de las vigas del techo de su iglesia, y las paredes del templo cubiertas con páginas del Libro de Enoc¹; un guarda retirado de la prisión apareció electrocutado, con una máquina de afeitar eléctrica flotando junto a su cuerpo en la bañera; y un profesor de teología de la universidad fue apuñalado hasta la muerte en su despacho, al tiempo que fueron robados docenas de libros de una estantería cerrada con llave. No habían encontrado a ninguno de los asesinos.

A partir de ese punto, la violencia no hizo más que aumentar:

Al día siguiente, a las afueras de Morgantown, en Virginia Occidental, un jefe *boy scout* ahogó a su patrulla y después se ahogó él mismo. En Pittsburgh, un bombero retirado prendió

¹ Libro intertestamentario no canónico (es decir, que podría estar, pero no está, dentro de la Biblia), de contenido apocalíptico.

fuego a la mitad de las casas de su manzana, y después penetró en una de las que estaban en llamas. Tres prisiones de máxima seguridad decretaron el confinamiento en celda tras estallar una serie de altercados, con guardias asesinados, cuyos cuerpos aparecieron colgados de las torres de vigilancia.

El quinto día empezaron a desaparecer chicas. Una chica cada día durante los últimos catorce días: Alexa Sears, Lauren Richman, Kelly Emerson, Rebecca Turner, Cameron Anders, Mary Williams, Sarah Edelman, Julia Smith, Shannon O'Malley, Christine Redding, Karen York, Marie Dennings, Rachel Eames, Roxanne North. Sus nombres están grabados a fuego en mi mente, sin que haya hecho falta la ayuda de mi memoria eidética.

Al sexto día, los médicos me dieron el alta en el hospital, y al séptimo, la directora me entregó el uniforme del colegio Winterhaven que llevo ahora puesto.

Y que me sigue picando horriblemente.

Me abrí camino por entre las pandillas de chicas que descansaban bajo la enorme arcada a la que llamaban «el espacio comunal». Era el día después de Navidad, y las llorosas chicas de primero seguían apiñadas, lamentándose porque sus padres no les habían dejado volver a casa por vacaciones. Unas cuantas chicas con los ojos contorneados con *eyeliner* se sentaban a horcajadas en el murete que iba de una columna a la otra: estaban así sentadas, en parte a resguardo de la lluvia y en parte expuestas a ella, y se pasaban entre ellas un furtivo cigarrillo. Enfrente de ellas y junto a los aseos, cotilleaba la mafia del brillo de labios, apestando a aroma de fresa y a envidia.

Me abrí camino esquivando a las demás por entre los empalagosos aromas y abrí la puerta del aseo. Teniendo como tenía por delante dos semanas de vacaciones de Navidad, necesitaba encontrar una ruta alternativa a la biblioteca si quería evitar las situaciones dramáticas.

El agua goteaba de mi uniforme a las baldosas mientras, delante del espejo, me retorció mi cabello castaño. Nunca me molestaba en llevar paraguas. La lluvia me recordaba la noche de la prisión, las familias asesinadas y las casas incendiadas, los *boy scouts* ahogados y las chicas desaparecidas.

Cosas que no me merezco olvidar.

Mientras me retorció el largo cabello en una cola de caballo no muy bien ordenada, me eché un vistazo en el espejo. Apenas reconocí a la chica que me devolvió la mirada. Mis ojos oscuros se perdían en las sombras de negro azulado que los rodeaban, y mi piel olivácea parecía pálida y descolorida ante mi camisa blanca de cuello abotonado. Las últimas semanas se habían hecho sentir.

La mayoría de los días tenía suerte si me acordaba de comer, y las pesadillas me impedían dormir más de unas pocas horas.

Una imagen me pasó por la mente: la de la chica del camisón blanco, el primer fantasma que me había encontrado y que me habría matado si no me hubieran salvado Jared y Lukas. Lo único que me faltaba para poder pasar por ella en aquel momento eran las huellas de unas manos en el cuello.

La luz fluorescente que tenía encima de la cabeza parpadeó.

«Aquí no», pensé.

Me quedé paralizada. Instintivamente, la mano se me fue a la medalla de plata que me colgaba del cuello. La Mano de Eshu, el símbolo protector que me había dado Alara. Un «pop» repentino hizo caer una lluvia de chispas sobre mí. Me agaché y me cubrí la cabeza. Mi mente repasó imágenes mentales de la habitación. ¿Había allí algo que pudiera utilizar como arma?

«Entérate de qué es lo que te ataca», pensé.

Miré al techo. Un humo negro invadía el interior de una de las bombillas.

«Solo es una bombilla fundida. No se trata de ningún ataque paranormal».

Estoy esperando recibir un ataque desde la noche en que liberé a Andras, pero no ha sucedido nada. Todavía.

¿Qué pensaría Jared si me viera sobresaltarme de este modo por una simple bombilla? Mis pensamientos siempre encuentran el modo de volver a él.

¿Dónde estaría ahora? ¿Estaría a salvo?

¿Y si le había sucedido algo?

Se me formó un nudo en la garganta, algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Está bien. Tiene que estar bien. Tienen que estar bien todos.

Jared, Lukas, Alara y Capellán sabían cómo cuidar de sí mismos, y también unos de otros. El recuerdo de la última vez que los vi, en la penitenciaría, permanecía en mi mente.

«Pensar en ellos solo hará que los eches más en falta», me dije.

Me eché agua fría en el rostro y busqué a tientas la toallita de papel para quitarme al mismo tiempo el agua de los ojos y los recuerdos. Una imagen borrosa pasó por el espejo, detrás de mí. Me eché hacia atrás:

—Lo siento —dije, avergonzada por mi reacción—. No te había visto.

Al apartarme del espejo, el reflejo de la estancia permaneció en mi visión periférica. Busqué a la persona que había entrado.

No había nadie.



Luchar contra los espectros vengativos al lado de Jared, Lukas, Alara y Capellán me había enseñado que las entidades paranormales podían estar por todas partes. Las posibilidades de encontrarse con un espíritu furioso en un centro educativo de cien años de antigüedad como Winterhaven eran bastante altas para cualquiera. Pero las pesadillas y mis experiencias de los últimos meses me dejaban la sensación de que había algo más.

Fuera lo que fuera lo que había entrevisto en el espejo, seguramente regresaría. Necesitaba estar preparada, y la dieta adecuada para los luchadores no consistía precisamente en comer galletas con glaseado de arándanos tres veces al día. Así que pensé que había llegado el momento de levantar mi boicot al comedor.

Diez minutos después, me encontraba en la cola, sirviéndome en el plato macarrones de un color artificial-

mente naranja con queso. Cogí un paquete de galletas glaseadas de canela para variar, y busqué una mesa libre en el comedor. El comedor era el caldo de cultivo ideal para todo lo que odiaba de Winterhaven: chismorreos, pandillas y autocompasión.

Dos *eyeliners* me miraron haciendo un gesto con la cabeza con el que me invitaban a sentarme con ellas. Pero yo preferí hacerlo en una silla en el lado opuesto de la mesa. No se daban cuenta de que les estaba haciendo un favor. Estar cerca de mí era peligroso, y tenía todo mi historial para demostrarlo.

Posé mi cuaderno junto al espeso montón de pasta y pasé las páginas por entre los dibujos. Era casi como ver mis pesadillas a cámara lenta: la mano de Capellán alzándose del pozo, Alara atada en la silla eléctrica, los espíritus de docenas de niños envenenados en fila al final de sus camas metálicas... Había páginas y páginas de aquellos dibujos, y cada imagen era más perturbadora que la anterior.

Alcancé un dibujo que había dejado sin acabar unas noches antes, una figura que se cernía sobre mí al dormir, tal como había sido en mi pesadilla. Me encorvé sobre la página para rellenar las partes que faltaban. Al cabo de unos minutos, aparecieron los rasgos: los ojos fieros y la mandíbula alargada de un animal, sobresaliendo de una silueta humana.

Andras.

Mis dedos apretaron más el lápiz. Al dibujo le faltaba un detalle, algo que no podía dibujar. En la pesadilla, él me había hablado. Y me había dicho: «Voy a por ti».

Había sonado más a promesa que a amenaza.

—Otra novata —dijo una de las *eyeliners* desde la otra punta de la mesa. En la puerta se encontraba una chica rubia de pelo liso que miraba la sala como un ciervo asustado. Avanzó la mitad de un paso. Tenía la cara colorada e hinchada de llorar, y llevaba apretada contra el pecho una carpeta de Winterhaven de las que daban como bienvenida. Comprendí lo que significaba aquella mirada: seguramente sus padres acababan de dejarla allí hacía muy poco.

Winterhaven era la última parada para las hijas problemáticas de las familias ricas de la costa este de Estados Unidos. Desde chicas escapadas de su casa a suicidas y pastilleras o pendones verbeneros, Winterhaven las aceptaba a todas, incluso a mí. Ahora el centro era responsable de nosotras, lo cual no era decir mucho. Ninguno de los profesores se preocupaba de qué problema introducíamos tras aquellas puertas, siempre y cuando no nos matáramos unas a otras. Los pendones verbeneros seguían celebrando fiestas, y las suicidas seguían haciéndose cortes en la carne para aliviar sus dolores emocionales. Solo las escapadas de su casa tenían que renunciar a su costumbre, pues el centro estaba escondido en lo más profundo de los bosques de Pensilvania, así que no había adónde escapar.

En cosa de segundos los rumores empezaron a correr por todo el comedor:

—Demasiado pequeña para conducir borracha.

—No parece que tenga agallas como para escaparse de casa.

—Será una pastillera. No me cabe duda.

—¿Apostamos?

Dejé de prestar atención a los comentarios de mis compañeras y sombreé el resto del dibujo. Por mi mente pasaban fragmentos de la pesadilla: la figura mirándome en la oscuridad, sus rasgos emergiendo de las sombras, el terror paralizante... Era demasiado.

Mi mano temblaba mientras resistía el impulso de arrancar la página y rasgarla en pedazos. Estaba harta de tener miedo. Quería poder dormirme sin ser atormentada. Por encima de todo, quería olvidar. Pero no podía permitírmelo.

—¿Está sentado alguien aquí? —me preguntó la nueva, que estaba enfrente de mí. El borde de su bandeja temblaba—. Quiero decir, ¿puedo sentarme yo? —Parecía menor incluso que Capellán: quizá tuviera catorce años.

Las *eyeliners* se rieron. Yo había declinado su invitación a sentarme con ellas las pocas ocasiones en que había comido en el comedor. Seguramente pensaron que las probabilidades de la nueva eran nulas, y esa era una buena razón para dejar que se sentara conmigo.

Señalé la silla enfrente de mí con un gesto:

—Siéntate antes de que empiecen a revolotear por aquí los buitres.

La chica dejó caer los hombros:

—Gracias. Me llamo Maggie.

—Yo soy Kennedy. —Empecé otra vez a dibujar, esperando que ella entendiera la indirecta.

—Ese nombre mola.

—No realmente —respondí sin levantar la mirada.

Se quedó en silencio unos minutos, empujando de un lado para el otro el engrudo de macarrones de color naranja que tenía en el plato. Notaba que me estaba mirando, pero no despegué los ojos del papel. Mirar a los ojos era algo que animaba a conversar, algo que yo evitaba a toda costa.

—¿Por qué estás aquí...? Perdona... —Se mordió el labio—. Ya sé que no es asunto mío. Mi padre dice que hago demasiadas preguntas.

Su padre parecía un cabronazo despiadado.

Como el mío.

—Me escapé. —Al menos esa era la historia que le había contado a la policía y a la tía Diane. Antes de que la chica nueva tuviera ocasión de preguntarme por qué, le devolví la pregunta—: ¿Y tú...?

Ella hundió el cuchillo en el engrudo de macarrones.

—Mi padre simplemente me dejó aquí.

—¿Qué hiciste para molestarle tanto?

Le cayó una lágrima por la mejilla:

—Existir.

Mi lápiz dejó de moverse. La rabia de su voz venía mezclada con dolor, y me hizo recordar la última vez que había visto a mi padre. La mañana en que se marchó mientras su hija de cinco años lo miraba por la ventana.

La chica se secó la cara con la manga y miró mi cuaderno.

—Es bonito... pero da miedo. Dibujas muy bien. Me apuesto a que tus dibujos terminarán un día colgados en una galería.

Eso fue una punzada en el corazón, porque mi madre siempre me estaba diciendo lo mismo.

—¿Qué es...? —preguntó, sin dejar de examinar el dibujo.

—Solo una cosa que he soñado.

Le brillaron los ojos:

—La forma más fácil de librarse de una pesadilla es contársela a alguien. Entonces la mente deja de luchar contra el mal sueño, y desaparece.

Mis pesadillas no iban a desaparecer.

—En la vida real las cosas no son así. —Agarré el cuaderno y me levanté. Las patas de mi silla rasparon en la madera del suelo—. Hay batallas que uno no puede ganar.

Y me fui sin esperar respuesta. Lo último que necesitaba era una niña tratando de infundirme ánimos. Una niña que lloraba porque su padre la había dejado en un internado de lujo. Mi madre había muerto, y a mi padre llevaba años sin verlo. Mis días estaban llenos de terror y culpa, pájaros muertos y chicas desaparecidas.

Y la cosa solo iría a peor.



Me reconcomía la culpa hasta que por fin vacié la bandeja y me encaminé a la habitación de la chica nueva. Era fácil de encontrar. Era la única puerta que no tenía mensajes colgados en el tablero de corcho, lo cual me hizo sentirme como si le diera una patada a un cachorro.

Llamé, ensayando en silencio la petición de disculpas que había practicado durante todo el camino hacia allí:

—Soy Kennedy.

Al cabo de un momento volví a llamar, sin escuchar ningún sonido del otro lado de la puerta. Nada. Una de dos: o no estaba allí, o no quería hablar conmigo.

Pasé las páginas de los primeros dibujos del cuaderno, los que había dibujado justo después de que Lukas me lo regalara. En vez de las perturbadoras imágenes de mis pesadillas, aquellos dibujos capturaban recuerdos más dichosos: esbozos a medio terminar de Capellán envolviendo pistolas de *paintball* con cinta de embalar plateada, Alara enfundándose una botella de agua bendita en el cinturón de las herramientas, Lukas jugando al Tetris, una rara sonrisa de Jared... Sus especialidades, las áreas en que eran expertos porque se habían estado entrenando en ellas, eran tan distintas como distintos eran los cuatro unos de otros. Y, sin embargo, cada destreza complementaba las de los demás: Lukas entraba en bases de datos de todo el país y usaba la información para rastrear fuerzas paranormales; Capellán diseñaba las armas para cazar espíritus que Jared manejaba con destreza; y cuando las armas fallaban, Alara usaba encantamientos y artes de vudú para protegerlos. Juntos formaban una legión, y por un tiempo yo pensé que era también parte de ella.

Tenía un dibujo que resultaba distinto de los otros: era un autorretrato. Lo arranqué y se lo colgué en el tablero, junto con una nota que decía:

Lo siento.
Kennedy

Vestida con unos pantalones de corte militar y unas botas negras, la chica del dibujo parecía valiente y decidida, como alguien que está preparado para la lucha. Yo ya había perdido la batalla, pero Maggie todavía podía ganar la suya.

Unos minutos después, me encontraba delante de la puerta de mi propia habitación, intentando recordar cómo era aquello de ser la chica del dibujo.

Pero no podía.

Con la Legión de la Paloma Negra, yo había encarado espíritus malévolos y destruido entidades paranormales. Ahora estaba sola, y ni siquiera era lo bastante valiente para afrontar lo que me aguardaba al otro lado de la puerta de mi propia habitación.

SIN MARCA



ÉL ESTÁ AQUÍ... Y PODRÍA SER CUALQUIERA

«Una secuela extraordinaria».

Ransom Riggs, autor de *Hollow City*

«Un cuento inquietante y aterrador, tejido con gran belleza».

Jonathan Maberry, autor de *Rot and Ruin* y *V-Wars*

«Prepárate para pasar miedo, sorprenderte
y entretenerte en todo momento».

Marie Lu, autora de *Legend*

1578236

ISBN 978-84-678-7180-7



9 788467 871807

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com